

EPISODIOS AISLADOS

LAS GUERRILLAS

Del grandioso cuadro de nuestra Guerra con la Nación norteamericana escapan algunos episodios relativamente aislados; pero espléndidos en heroísmo, bellos á fuerza de excelsitud marcial!

¡Qué ejemplo el de las resistencias de algunas poblaciones abandonadas en la Frontera Norte de nuestro territorio! ¡qué ejemplo el de su patriotismo bélico, desafiando á las poderosas tropas invasoras!

¡Cuántas ciudades, cuántas capitales que pudieron resistir y cooperar á la gran *Defensa Nacional*, se envolvieron en un supremo y abominable egoísmo, — ¡incapaces de dar un céntimo de cobre ni una gota de sangre! — en tanto que allá en los desiertos había aldeas que se defendían hasta quedar hechas cenizas, — negras y ensangrentadas ruinas, tras refriegas atroces!....

Sin embargo —y, ya lo indicamos — no hay que culpar demasiado á las poblaciones mexicanas que, aisladas del teatro de la guerra, no supieron en todos

sus dolorosos estremecimientos lo que significaba la audaz Invasión norteamericana.... ¡Ni creyeron jamás que pudiesen nuestros enemigos de entonces llegar á aproximarse á la Capital de la República!....

El período de discordias y de funestas lides fratri-cidas, emponzoñadas por odios legendarios, no permiti-ó en tan triste época la claridad necesaria para que los ciudadanos de *algunos* Estados comprendieran su deber.... ¡Plena ceguera!.... ¡Gran ignorancia!

Y hé aquí que vemos en el Norte organizarse rudas defensas....

Ya es en la heroica y altiva Chihuahua donde desde un principio, aunque con fatal éxito, se hacen prodigios bélicos.... ya en Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila.... ya en el Oriente, allá en las costas del Golfo, en Veracruz y en Tabasco.... ó en las playas de Occidente, en la tradicional y brava Mazatlán.... y aún, ascendiendo al Norte, hasta la Alta California se encuentran vibrantes heroísmos en las multitudes mexicanas, resistiendo como pueden el poderoso y bien combinado esfuerzo de nuestros adversarios!....

Algunos pueblos osan resistir, defendiéndose y atrincherándose valientemente en las torres de sus iglesias.... otros envían bravos jinetes armados de lanzas, machetes ó viejas escopetas, hoces y simples leños claveteados, en son de combate guerrilleresco... ¡Ó ya, en las rancherías y haciendas, se aprestan buenos *charros*, capaces de convertir sus recias y flexibles *reatas* en vivas sierpes aladas y terribles que revolotearán con silbidos de muerte, en torno de los *Riferos yankees*, y aun sobre los más gruesos y pasmosos cañones de sus baterías....!

Oh ¡no! En esta Guerra funestamente inolvidable

para el mexicano.... faltó tiempo para hacer conducir el estremecimiento patriótico al Centro del País.

Si así hubiera sido.... ¡qué de maravillas realizarían los jinetes del Bajío, y los tremendos hijos de Jalisco, — del Estado valiente y entusiasta por excelencia, — recordando sus viejas y radiantes glorias de la época de la Independencia Nacional y de la guerra por sus legítimas libertades!....

En el Estado de Veracruz las guerrillas empezaron á tener una organización regular que prometía irse perfeccionando, si hubiesen seguido nuestros caudillos, con energía, la defensa patria!.... ¡Pero la corrupción del futuro *Alteza Serenísima* todo lo gangrenaba en torno suyo.... — Era activo : no descansaba.... tenía impulsos de gran capitán genial.... pero para desvanecerse en humo la magia de *su genio*....

Sin embargo, bastante daño lograron hacer aquellas guerrillas veracruzanas á nuestros contrarios. Incur-sionaron al Estado de Puebla y á veces con tal éxito y audacia, que bajo los fuegos del fuerte de Loreto, ocupado por los americanos, entraron á la ciudad, sacando de los cuarteles enemigos gran cantidad de mulas, equipo, viveres y dinero.

Asaltaban cautelosamente los convoyes del enemigo.... lo hostilizaban en sus líneas de comunicación; le preparaban lazos ingeniosos y le abrumaban con sus *albazos* inesperados, haciéndose temibles....

¡Las represalias tuvieron que ser atroces! Nuestros adversarios, rabiosos, impusieron multas exorbitantes y mortales castigos á nuestros pobres arrieros y campesinos para vengar sus desastres!.... Mas no por ello cejaron los patriotas.

Sería imposible trazar todas las magníficas escenas de heroísmo, desarrolladas por aquellos audaces guerrilleros veracruzanos. Los fronterizos rivalizaron en audacia. Como un ejemplo, — perfectamente semejante á otros muchos que reflejan los sucesos acaecidos en pueblos de la Frontera del Norte, — vamos á delinear con breves detalles la resistencia efectuada allá en un oscuro rincón de la Sierra.

Habían llegado á ella algunos Jefes mexicanos, dispersos tras nuestras primeras derrotas; pero alentando bríos dignos de sus almas excelsas... Hablan á los selváticos habitantes... y recordando al eterno Hidalgo, alientan la población con el estandarte de la Virgen del Tepéyac...

¡Qué vibrante entusiasmo en el pueblo de San José!... Entonces un guerrillero — Suárez — muy querido en la localidad, organiza su defensa ante una columna americana expedicionaria que se aproxima amenazadora, tratando de entrar al pueblo impunemente.

— ¡Viva México, viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡María Santísima nos ampare! — exclamaron algunos rancheros.

— ¡Viva México! — tronó la voz estentórea de Suárez el guerrillero!

Y retumbó entonces inmenso griterio de hombres, mujeres y niños, todo el pueblo de San José ordenado en masa en el atrio de la iglesia.

En aquel mismo instante se oyó el estampido del cañón norteamericano.

Y la avalancha humana se precipitó furiosamente á través de la pequeña plaza, entre los árboles, desembocando luego por la callejuela Norte.

Iban por fin á romper el cerco que el Mayor Stephen-

son había aferrado al pueblo, batiendo la iglesia con el fuego acompasado y terrible de sus dos cañones ligeros; iban por fin á precipitarse sobre el bárbaro enemigo que intentaba destruir á San José desde lejos, sin peligro para los sitiadores, sin tener que derramar una sola gota de sangre sajona!

Marchaban á vanguardia dos pelotones de jinetes armados con lanzas, con un frente de cinco hombres á caballo y un fondo de seis. En seguida sobre mulas, viejos caballos y asnos, ó cargados por robustos ganaderos del pueblo, las mujeres, los ancianos y los niños arreando bueyes y carneros, arrastrando carretas, seguidos de los fieles perros, en un montón confuso de tribu arrojada de sus lares.

Al frente de aquel humano montón, lanzado á todo correr, iba sobre un potro aún no bien domado el joven sacristán de la iglesia, el cual llevaba atada á su cuerpo y al de su cabalgadura la lanza en cuya punta flotaba el lienzo tricolor con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

Cincuenta guerrilleros de los mejores, armados con lanza, machete y reata, con el mismo Suárez á su frente, cerraban la columna.

Y todos, todos sin excepción, guerrilleros, y mujeres, viejos y niños gritaban terriblemente, animados en el vértigo huracanado de su carrera:

— ¡Viva México, viva la Virgen de Guadalupe! Relinchaban los caballos, ladraban los perros y los nobles toros mugían azorados, heridos por la garrocha de los ganaderos, también armados de viejos machetes....

Las mujeres levantaban al cielo sus brazos, en tanto que al viento flotaba la bandera nacional con la Virgen de los Mexicanos.

El enemigo no tuvo tiempo para enfilarse aquella masa humana al atravesar la callejuela.

Tres minutos después de la partida del atrio de la iglesia desembocaba en el campo, ya al abrigo de una colina tras de la cual se hallaba el cañón y dos compañías americanas desplegadas á lo lejos.

Entonces fué cuando los pelotones de guerrilleros de la vanguardia aumentaron su parte dispersándose en un gran espacio, veinte jinetes de retaguardia avanzaron á proteger el flanco derecho de la masa de gente del pueblo, en tanto que diez cubrieron el flanco izquierdo, menos expuesto.

Sin duda el mayor Stephenson no esperaba tan temeraria salida en masa y debió permanecer estupefacto algunos instantes, pues no se movió.

Hasta que al fin el cañón, con diversa puntería, atronó el espacio, dominando la espantosa gritaría, y su bala, pasando á tres centímetros de las cabezas de las jinetes, fué á estrellarse contra las tapias de una huerta lejana, en lo alto de una colina.

Después fueron las descargas de la fusilería enemiga. Una compañía cerraba el paso á los mexicanos.

El combate principió. Los primeros jinetes se lanzaron aullando sobre los infantes enemigos con la bayoneta calada.

Y entonces fué cuando las lanzas mexicanas no se dieron punto de descanso para atravesar pechos extranjeros, pasando de uno á otro, evolucionando prodigiosamente con sus pequeños caballos que parecían tener alas; y entonces los ganaderos del pueblo, que sólo tenían reatas, las lanzaban al aire serpenteando pavorosamente y cayendo sobre los grupos de soldados enemigos á los que derribaba y arrollaba luego.

¡Oh! las reatas mexicanas de aquellos rudos ganaderos coahuilenses! El estruendo era atroz, el humo envolvía el combate. Un pánico siniestro recorría las filas del extranjero al ver volar aquellas serpientes que los sujetaban sin saber cómo con nudos trágicos.

Y Suárez en su yegua retinta pequeña y agilísima, iba manejando su gran lanza delgada y aguda.

Su voz tronaba destacándose entre el traqueo de la fusilería.

— Á ver, *Culobrotas*, *Chato*, *Malgareño*, *Chucho* y *tú*, *Sapo*... á las reatas y á lazar el cañón! — gritó el caudillo.

Y cuando tras la colina que había á la entrada del Pueblo se rehicieron diez á doce jinetes, mientras se alejaban por la izquierda las gentes inútiles del pueblo, acometieron los lazadores presididos por un grupo de lanceros.

Tronó el cañón y quedaron algunos cadáveres de hombres y caballos en un montón rojo y negro, circundado de humo y polvo...

— ¡ Viva México! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe!...

Y, ¡ ya están sobre el cañón!

Terribles en sus altos frisones negros los dragones americanos cargan contra los guerrilleros; pero éstos al recibirlos *quiebran* rápidamente sus caballos, esquivan los ágiles mexicanos á los fuertes yankees, les toman la retaguardia y los matan á machetazos por la espalda, por los hombros, sobre el cuello, por donde cae la pesada masa.

¡ Y al fin desenróllase en lo alto, sobre las cabezas de los combatientes una reata y cae sobre el cuello del cañón, haciéndolo girar en el momento en que iba á hacer fuego... y dispara... pero ha disparado

sobre el flanco de las compañías americanas y su bala rasa enfile un sinnúmero de hombres que caen segados como por hoz formidable!

— ¡ Viva México! — ruge Suárez.

— ¡ Otras reatas! ¡ otras reatas! — gritan los mexicanos entusiasmados.

Y el pánico del enemigo ante aquel disparo hizo abandonar su cañón.

Y mientras se rehacían y llegaban las otras fuerzas americanas, Suárez ganó el Sur, pródigo entonces en recursos, escoltando á la heroica población de San José, que fué á adorar en un hueco de la Sierra á su querida y salvadora Virgen de Guadalupe.

¡ Se habían evocado espléndidamente las glorias de la Guerra de nuestra Independencia!

Tal es la tradicional y bella narración que caracteriza magníficamente la resistencia potente que algunos pueblos del Norte y de la Costa hicieron á nuestros Invasores. ¡ Como ella hay cien iguales... ignoradas para siempre!



XXI

EPISODIOS AISLADOS

SEGUNDA PARTE

El General Urrea hizo milagros con sus guerrillas... De Victoria se lanza al Estado de Nuevo León, persiguiendo al enemigo en sus retaguardias y escapándole ágilmente, á tiempo, entre Matamoros y Monterrey, asaltando sus convoyes con éxito, propagando el sistema de guerra que es más adecuado para una nación pobre invadida por superiores ejércitos! ¡ La Guerra de Guerrillas!...

En Huamantla brillan actos heroicos... ¡ bravías luchas! — y más hacia el Sur, Tabasco resiste á la escuadrilla norteamericana haciéndola retroceder, tras encarnizadas escenas bélicas en que la sangre enrojeció el río y el mar!...

Igual energía terrible pudo haber en todas las ciudades mexicanas ante la Invasión...

Y ya vimos cómo la misma Capital de la República supo vindicarse de sus vergonzosos enredos políticos tan fatales á su decoro, cuando engreída creía impo-

sible que el Ejército Norteamericano osara aproximarse al Valle de México.

Cuando surge la verdad, los hombres del pueblo todo, y aun los de la inútil *seudo-aristocracia*, y mejor que nadie los de la valiente *clase media* (que es el verdadero pueblo nuestro, alma social de nuestro país), lanzáronse á la contienda, dispuestos á la muerte, sin fanfarronerías, austeros, tranquilos y heroicos!....

Háblase de Puebla — única población de alta importancia donde el enemigo entró sin resistencia alguna, más aún, bien recibido en gran parte por el alto Clero y algunos pomposos próceres de menguada memoria.... He aquí lo que dice Roa y Bárcena acerca de ello en una obra abundante en documentos históricos :

« La caída de Puebla, sin defensa, en poder de la división de Worth, causó escándalo y profunda pena en toda la República. Cierto es que aquel Estado no fué de los que se mostraron indiferentes y egoístas en la lucha, y que, antes de ser invadido, envió al de Veracruz su contingente de Sangre y de dinero. Mas ¿cómo, por escasos que fueran los elementos que le quedaban, á poco de allarse animado del espíritu de resistencia, no habría podido evitar la pérdida de su capital, cuando ésta por sí sola desafió y detuvo á sus puertas en fines de 1844 al ejército de Santa-Anna, doble en número respecto de Worth? La anarquía, el desorden y las contiendas fratricidas de tantos años acaban por enervar el ánimo de los pueblos, convertidos en víctimas de los ambiciosos ».

El abatimiento y el desengaño, la miseria en que las guerras civiles dejaron á Puebla, cegaron al pronto su conciencia, tras los desastres de la guerra.

« Por lo demás, — agrega Roa Bárcena — ese fué el momento de la crisis en la lucha entre los Estados Unidos y México. La vanguardia norteamericana, fiando su propia suerte á la audacia y á la fortuna, se había internado en país enemigo, cortando su línea militar, aislándose de la costa, sin elementos suficientes para llegar hasta la capital de la República, y exponiéndose en determinado punto á los ataques de todos sus contrarios. Si éstos, en vez de concentrarse á defender la ciudad de México, que ni peligro corría entonces de ser embestida, hubieran acudido á formar cuerpos considerables á retaguardia de Scott y de Worth, con el objeto de mantenerlos incomunicados con la costa y de impedir á todo trance la subida de nuevas tropas, lo demás se habría hecho por sí solo. El Estado de Veracruz y su Gobernador Soto lo comprendieron así, y hay que hacer á sus guerrillas la justicia de consignar aquí sus esfuerzos en tal sentido; esfuerzos que, aislados, tenían que resultar estériles. Si en aquellos días una cabeza inteligente y una mano poderosa y enérgica hubieran concentrado la dirección y el movimiento de los resortes todos del gobierno, reprimiendo bastardas y funestas soberanías y haciendo que cada fracción de la República contribuyera con una parte pequeñísima de sus hombres y recursos á la obra común, ¿cuál habría sido la suerte del insignificante ejército norteamericano encerrado en Puebla ?

El atrevido jefe que había quemado sus naves, como Cortés, confiando, como éste, más que en sus propias fuerzas, en la debilidad, la ceguedad y la anarquía de sus adversarios, en vez de repetir aquí los hechos de la conquista española, habría tenido que ir á

comparecer á su país ante un Consejo de Guerra..... »

Respecto del levantamiento del pueblo mexicano en las calles de la Metrópoli al día siguiente de la fuga de Santa-Anna y los suyos... — ¡ heroico zarpazo de una multitud indignada contra la cobardía de aquel hombre que antes fuera el idolo de los mexicanos desvanecidos por el fugaz relámpago de efímeras glorias!... Respecto de los sucesos del 15 de Septiembre de 1847, se expresa así magistralmente en línea de acero imborrable el General Bernardo Reyes en su obra « El Ejército Mexicano » :

« Algunos voluntarios americanos dieron principio al saqueo, — dice — y Quittman procuró contenerlos, lográndolo en parte, cuando otras fuerzas con el general Worth, al toque de tambores y cornetas, orgullosas penetraban en la capital. La gente del pueblo, con hoscó semblante, contemplaba el alarde de los vencedores, que lanzaban hurras á su bandera que se erguía, y formaban grupos más y más compactos, que lo mismo podía parecer de curiosos que de enemigos. La indignación estalló al fin en aquellas almas ultrajadas, caldeadas por la vergüenza de las derrotas; un tiro sonó, sin saberse dónde, y á ese siguieron otros y otros, que se dirigían sobre los soldados victoriosos.

Algunos hombres de la guardia nacional, que se había disuelto por orden expresa, antes de retirarse el ejército; otros que tomaban de sus casas sus carabinas ó pistolas, todos se armaron con lo que hallaban á la mano, y los que menos arrojaban piedras contra la tropa americana. Se ocuparon azoteas y torres por aquellos grupos, que exaltados por el dolor, al ver la humillación de la patria, sin dirección alguna se

reunían, obedeciendo sólo á impulsos internos, que los congregaban contra el enemigo común. No se sabe que alguien encabezara aquel motín, y sin embargo la lucha llegó á revestir carácter alarmante.

Scott, que había llegado á Palacio, dispuso que columnas con artillería salieran por las calles é hicieran fuego sobre todos los hostiles, y el cañón por tres horas ensordeció los aires. En semejante situación llegó la noche, y las armas de fuego enmudecieron, para volver con las primeras luces del día 15 á oírse detonar por todos los ámbitos de la ciudad.

Muchos soldados americanos, con pretexto de perseguir en las casas á los que hacían fuego desde las azoteas, cometieron robos y otras violencias indecibles ».

Haciendo una justa crítica de la campaña, agrega :

« El sistema defensivo que se adoptó en la guerra contra los americanos, desde Veracruz hasta México, sin relacionar en esta ciudad los puntos de defensa, y dejándolos aislados, como para que parcialmente los batiera el enemigo, fué sin duda el principal motivo de nuestras constantes derrotas en esa campaña.

En los combates del Valle de México, nunca las reservas llegaron con oportunidad; y cuando éstas se avistaron en momentos en que podían haber obrado con buen éxito, como en el campo de Padierna, se retiraron en lugar de entrar en fuego. No se advirtió en lo absoluto iniciativa por nuestra parte; los golpes se recibieron uno tras otro, sin cambiar de sistema, hasta que nuestras fuerzas se fueron reduciendo. Sólo en el Norte, en la batalla de la Angostura, el ejército mexicano se lanzó sobre el contrario, y en aquella

batalla nuestras tropas hubieran triunfado con haber permanecido frente al enemigo. Por lo demás, no llegó á ser hostilizado el invazor por flancos y retaguardia, en sus marchas; se le dejó ocupar en toda su extensión el terreno sobre que iba avanzando, y solamente el General Urrea alguna vez le hizo daño á retaguardia, en las inmediaciones de Monterrey, cuando ya estaba sobre el Saltillo; y es que Santa Anna quería mandar la tropa que peleaba, y sólo la que con él estaba había de batirse, y Santa Anna, según se desprende de cuanto hemos dicho, combatía mal, no preveía nunca los desastres, nada tenía preparado para el segundo minuto de la acción, y no utilizó las poderosas reservas con que contaba. Jamás en nuestra historia vióse ni se ha vuelto á ver campaña tan mal dirigida, cuyo recuerdo ignominioso quema. ¡ De nada sirvió en esa guerra el valor de nuestros soldados!

Salidos de México los restos del ejército, tras haber mandado volver á sus hogares unos 2000 hombres de Guardia Nacional, Santa Anna consiguió se pusiera el General Don José Joaquín de Herrera al frente de una división de Infantería, desmoralizadísima, compuesta de 5000 soldados, para dirigirse al interior del país, como lo hizo, sufriendo deserciones y desbandamientos sobre la marcha. Él partió hacia Puebla con 2000 caballos, á los que se unieron después otras tropas. Amagó con todas á la citada Puebla, donde sólo existían 1000 americanos; hostilizó sin resultado un convoy procedente de Veracruz, y perdiendo más y más soldados en marchas fatigosas, recibió orden del Presidente de la Suprema Corte, D. Manuel de la Peña y Peña, que por ministerio de la ley se hizo cargo de la Presidencia de la República, para entregar el

mando de la fuerza que aun le restaba, á reserva de que después respondiera á cargos que se le hacían por su conducta militar. Obedeció tal orden, y fué de pronto á buscar abrigo á alguna población de Oaxaca¹.

La fulminante pluma del General Reyes esboza así el crepúsculo de aquella Guerra inolvidable, anatematizando al funesto Santa Anna que se había creído Sol...

1. *El Ejército Mexicano*. Monografía. General Bernardo Reyes.



SÍNTESIS DE LA CAMPAÑA
OBSERVACIONES

Llegamos al punto final de la tristísima campaña....
¡Flamea el pabellón de las estrellas septentrionales en el Palacio Nacional de la República Mexicana!

¿Después de semejante irisamiento de extranjeros soles en nuestro patrio cielo, dadas las atroces condiciones del país dividido y debilitado hasta lo increíble, podría continuarse la gran defensa nacional?

¡No! Era imposible toda resistencia enérgica, y sobre todo, continuar una campaña defensivo-ofensiva, en torno de los centros ya ocupados por el Invasor....

¡No había, ni pudo haber tras de tantos estragos y desfallecimientos, resultantes en nuestras revueltas políticas, el brío necesario para emprender guerra de muerte en pequeño, guerra de guerrillas en bosques y montañas, en el fondo de los barrancos, en la espesura de nuestras selvas ó tras los ribazos de ríos y torrentes!.... Sorda campaña nacional en la que, unidos todos los mexicanos agobiaran al enemigo, cortándole

sus comunicaciones, destrozándole sus aprovisionamientos, talando é incendiando los pastos y sementeras de que pudiera aprovecharse y sorprendiéndole con repentinos ataques nocturnos en las mejores encrucijadas.... ¡Oh, sí, terrible guerra nacional en la que se desangrara al adversario y se le quitasen sus elementos de subsistencia abatiendo su moral!

Sin embargo, hay que considerar que no obstante tan desastrosas circunstancias, no obstante que apenas podía llamarse ejército á nuestras secciones de hombres dirigidas por jefes mexicanos llenos de patriotismo, pero sin instrucción ni precisa dirección superior, la resistencia de las tropas de la República fué en lo general firme, digna y heroica...

¡Lástima que los altos jefes, y al frente de ellos el general presidente Santa Ana, no atendieran á nuestro pobre ejército, abandonado á sus miserias y vicios, á sus hambres y desnudeces, hasta que, á última hora, tarde, muy tarde, hubieron de exigirle el sacrificio de su sangre!

Valiente fué en verdad aquel ejército, y desde luego se puede comprender de lo que hubiera sido capaz en otras circunstancias, si la Nación estuviese unida y si de ella recibiera en el atroz conflicto, un poco de pan para soportar las fatigas del cuerpo y un poco de talento militar y buen ejemplo de unión y energía, por parte de sus caudillos.

..

Miremos en conjunto la memorable campaña, gloriosa y triste, la pugna desigual, con sus ejemplos magníficos :

Nuestros desastres se inician en las primeras batallas de Palo Alto y la Resaca, notándose desde luego la abominable discordia que existía entre unos y otros generales, henchidos todos de fatuidad, creyéndose cada uno de ellos superior á los demás, surgiendo por lo tanto, envidias y egoísmos feroces....

Y llegaron las derrotas, y todo el orgullo nacional contagiado enfermizamente de una arrogancia incalificable, sufrió gran desencanto, y ante la retirada, — la fuga, mejor dicho — de las tropas que pelearon allende el Bravo, la Nación quedó estupefacta, y la desmoralización del Ejército fué inmensa.

El enemigo, que nunca soñara tan fáciles triunfos, avanza, pasa el gran río, ocupa tranquilamente Matamoros, y reforzado, victorioso y enhiesto, va á apoderarse de la bella Monterrey.

Allí se ha concentrado nuestro batido ejército del Norte, reforzándose con tropas llegadas del Centro del país; pero minadas ya por la desconfianza que origina en ellas los constantes y súbitos cambios de jefes superiores. Monterrey se defiende al fin, heroicamente, durante cuatro días, resistiendo en los primeros, con gloria, furiosísimos ataques, hasta que, comprendiendo el jefe mexicano, general Ampudia, la inutilidad de seguir por más tiempo la resistencia, capitula con su guarnición, retirándose con banderas desplegadas y á tambor batiente, hacia el Interior de la República.

Entonces, mientras nuestras tropas contramarchaban penosamente, batidas de nuevo, faltas de víveres y más y más desmoralizadas, dejando en los caminos, en arenales y malezas, su ánimo y su sangre, entonces el Invasor, por el contrario, aseguraba formidable línea de operaciones en el Norte, ya de espaldas al

Bravo, entre Monterrey y el Saltillo, á las órdenes del general Taylor, en tanto que la escuadra norteamericana se disponía á amenazar Tampico, habiendo declarado, desde antes, bloqueados todos nuestros puertos.

De la capital de la República, tras vergonzosas conmociones políticas que amenguan el poder de resistencia de la Nación, exaltado por ambiciosos partidos que el *Retrógrado* alentara, sale Santa Ana conduciendo el ejército que se había reunido en el interior de México, hacia San Luis, para efectuar allí una gran reconcentración y reorganización general, con la mira de dirigirse ofensivamente contra el ejército de Taylor.

Van llegando las tropas á San Luis, con piquetes de diversos cuerpos y escoltas que conducen el contingente de sangre de algunos Estados, reuniéndose en la digna ciudad innumerables jefes militares, altos personajes civiles, y ricos contratistas y comerciantes...

El general Santa Ana intenta constituir un disciplinado é instruido ejército, mas por desgracia, y en honor de la verdad, ni Napoleón hubiera podido en aquellas circunstancias verificar semejante prodigio. Baste decir que en resumen faltó: tiempo y dinero.

Ni armas, ni equipo, ni víveres suficientes se pudieron reunir, y como, por otra parte, el tiempo apremiaba y la prensa de México, rabiosamente frenética, hacia llover sobre el ejército entonces, como siempre hacía, insultos y anatemas, hubo de lanzarse á través del desierto, después de largas y penosísimas jornadas, hasta chocar sangrientamente contra el adversario en las ásperas lomas de la Angostura.

Allí la victoria casi fué de nuestras armas; pero Santa Ana que es todo inestabilidad, teme verse

aplastado si continúa la batalla al siguiente día, y retrocede ignominiosamente, sufriendo, en su retirada, mayores pérdidas que las que hubiera tenido perdiendo la jornada que no quiso arriesgar.

Así pues, el Jefe del Ejército y de la República tuvo que presenciar la catástrofe que barrió sus fuerzas en la Angostura y después de la batalla; y si á esto se agrega el haber ordenado el abandono de Tampico, puerto que se había fortificado regularmente, se comprenderá todo el avance estratégico de los americanos.

Éstos, desde antes de la Angostura, en virtud de órdenes de su centro director, cambiaron su teatro de operaciones, trasladándolo del Norte al Oriente, tomando como base para el desembarque en Veracruz, el mismo Tampico, que regalamos, por decirlo así, á nuestros enemigos.

Y principiaron los terribles acontecimientos de Veracruz: se abandonó á su heroica población, que no tuvo más recurso que el de su propio y alto civismo; y ya vimos con cuánto denuedo resistió en la ciudad el diluvio de bronce y fuego con que fué bombardeada...

Y días antes, la capital de la República contaba con un ejército de cuerpos veteranos y Guardias Nacionales que debieron haber salvado el Pórtico del País!

Después, mientras Scott se disponía á avanzar sobre México, Santa Ana, arrogante como siempre, anatematiza, indignado, la capitulación de Veracruz, como hizo con la de Monterrey, y en una proclama dice que irá con los restos del Ejército á vengar la deshonra de la caída del hermoso puerto!...

Escógrese el punto llamado de Cerro Gordo, — memorable de antaño, — para resistir al ejército de Scott. El jefe de ingenieros mexicano, hace comprender al

general presidente las inconveniencias tácticas de aquella posición, fácilmente envolvable contra nuestras tropas, y más aún, cuando se acumulan todos los elementos de combate sobre la derecha del punto, debiendo, por el contrario, protegerse el flanco izquierdo de nuestras líneas. Mas, irguiéndose el imbécil orgullo de Santa Ana, le vemos tender sus fuerzas á uno y otro lado del camino de Veracruz, y tras breve combate, herida de muerte nuestra ala izquierda, llave de la batalla con su dominante cima del cerro del Telégrafo, envueltas las posiciones mexicanas y cortado á su ejército la retirada, cae destruído; retumbando en México y en toda la República la catástrofe que la heló de pavor.

¡Pleno aniquilamiento!... Santa Ana huye prófugo, cual un foragido, y va á refugiarse entre una nube de dispersos, á Orizaba, en tanto que la caballería que no había combatido se abrigaba en Chalchicomula, abandonando ésta el fuerte de Perote... Luego, á Puebla, y perseguido el resto del ejército, tras dolorosas peripecias, tiene que evacuar la bella ciudad hasta reconcentrarse todos los elementos de defensa nacional en México, en el corazón del país gangrenado por los odios políticos, incapaz al parecer en su crisis morbosa, de cualquier energía...

El ejército invasor continúa, lenta y triunfalmente, sus etapas; deja pasar días y días no obstante que sabe que en México se hacen los más desesperados aprestos de defensa, aglomerándose éstos hacia el Oriente, rumbo por donde creíase que debía desembocar el Enemigo.

Sencillo es el plan de Santa Ana : sostener el ataque contrario por donde lo ejecutara, en tanto que la reserva, compuesta del resto del ejército del Norte,

recién llegado de San Luis Potosí, embestiría las columnas asaltantes por un flanco, hasta que llegado el instante preciso, acometiera la caballería, — aquella intacta caballería que debía estar á la expectativa de los combates en el Valle, colocándose siempre á retaguardia del enemigo...

Y, ya vimos cómo Scott rebuye hábilmente el Peñón, con gran pompa fortificado, y guarnecido por la flor y nata de la población de México, para correrse hacia el Sur, entre la Cordillera y las lagunas del Valle, llegando á Tlalpam, desde donde pudo lanzar directamente sus columnas contra la Capital.

Ante tales movimientos, nuestro ejército del Norte pasa de Oriente á Poniente, ocupando San Ángel, con orden de vigilar el flanco izquierdo del adversario, á las órdenes del general Valencia, quien de observación en las lomas de Padierna, primero no acepta resistir tras ellas, y al fin, cuando se le ordena abandonarlas, insiste en defenderlas... Y despréndense las columnas americanas sobre San Ángel, y verificase la batalla de Padierna, que estuvo á punto de ser ganada por nuestras armas si las tropas de Santa Ana hubieran caído, como pudieron hacerlo fácilmente, sobre la retaguardia de las fuerzas enemigas que envolvían á la División del Norte.

¡En la punta de la espada de Santa Ana estuvo el triunfo de nuestras banderas!... Un relámpago de mando hacia el bosque de San Gerónimo y la batalla se hubiera ganado!

Esta vez, como en la Angostura, la victoria tendió sus alas sobre nuestro ejército... iba á abrigarlo ya con ellas cuando el criminal egoísmo de ese hombre hizo volver aquella espada que hubiera sido el

blo se revolvieron contra los enemigos que ocupaban la ciudad amada, haciendo fuego contra ellos desde esquinas, azoteas y ventanas, en tanto que algunos grupos de soldados de caballería mexicana, galopaban, lanza en ristre, por las calles, clamando vivas y mueras, ayudando en lo posible la insurrección popular....

Fuerza es repetirlo, Santa Ana, que con el ejército que evacuaba México pudo haberse apoderado de Puebla, fácilmente, inquietando á Scott en México, incapaz entonces el jefe americano de cualquier seria operación; Santa Ana que pudo extender y desarrollar la defensa nacional con el sistema de guerrillas, se amilana como nunca; divide sus fuerzas desmoralizadas y disminuídas por la miseria, la deserción y la falta de moral, hasta que después de insignificantes operaciones é inútiles tentativas contra la guarnición de Puebla y las columnas y convoyes de refuerzos para el enemigo, se vió obligado á renunciar el mando del ejército, poco después de ser lanzado por los acontecimientos y el clamor público, de la suprema dirección política de la República.

Y ya lo dijimos, otros Episodios de resistencia ante el Invasor esplendieron en la Alta California, en Sinaloa, en Tabasco y en la Huasteca, no sin que otra vez en Chihuahua vibraran los patriotismos fronterizos.

Imposible referir todos ellos.... ¡Apenas si pudimos abordar en breves pinceladas rápidas los principales cuadros en que aquel valiente ejército, mal organizado y mal conducido, tuvo, no obstante, la gloria de haber resistido con heroísmo á un enemigo veinte veces superior!

Ahora, para terminar esta vaga síntesis, apoyaremos la verdad de nuestras tintas con las claras y precisas

observaciones críticas que apunta en sus memorias diarias, el escritor militar — General Balbontín — que en su juventud fué testigo y actor en la sombría guerra México-norteamericana completando las críticas del General Bernardo Reyes.

« Se nota desde luego en la mayor parte de las batallas, poco tino para escoger y ocupar las posiciones, ningún cuidado para preparar la retirada en caso necesario y gran negligencia para asegurar y defender los flancos y evitar que el enemigo los envolviese con facilidad, como varias veces sucedió.

Estas eran las causas de que algunas derrotas fuesen tan desastrosas.

Es digno de notarse que en la única parte en donde se tomó la ofensiva, que fué en la batalla de la Angostura, los resultados fueron favorables.

Exceptuando este único caso, en toda la campaña estuvo el ejército á la defensiva absoluta, sistema reputado como el peor que se puede seguir.

En cuanto á la estrategia, se le olvidó completamente, pues no se observó más regla que presentarse al enemigo de frente interceptándole el paso.

También se descuidó el organizar la guerra en el terreno que quedaba á la espalda del enemigo y á los lados de sus líneas de operaciones; cosa de mayor importancia en las guerras defensivas, y que tan buenos resultados produjo en Rusia, en España y en Portugal, cuando estos países fueron invadidos por los ejércitos de Napoleón.

Es verdad que entretenidos nosotros con las frecuentes revoluciones que se sucedían periódicamente, poco ó nada nos ocupábamos en estudiar y preparar un sistema de defensa; y que la invasión nos sorpren-

dió por completo, porque la mayor parte de los mexicanos no creían que tal guerra pudiese venir.

Un orgullo nacional mal entendido, y un desprecio inconsiderado de nuestros vecinos, contribuyeron también á asegurarnos en nuestra indolencia.

Por otra parte, el estado militar de la República era deplorable : el Ejército no llegaba al comenzar la guerra, á doce mil hombres, esparcidos en una vastísima extensión : el armamento, la artillería, y en general todo lo concerniente al ejército, se hallaba envejecido y deteriorado por el uso, sin que en muchos años hubiese sido relevado, y en cuanto á nuevos sistemas adoptados en otros países, solamente teníamos noticias.

No existían arsenales ni depósitos de ninguna clase, de manera que las pérdidas sufridas en la guerra era imposible repararlas.

Los doce mil hombres del Ejército, reemplazados constantemente y ayudados por batallones de auxiliares y de Guardia Nacional, que en escaso número se levantaron, fueron los únicos elementos con que la Nación sostuvo una lucha en extremo desigual, para la que no estaba preparada.

Hay que añadir que la Hacienda pública se hallaba completamente exhausta. »

..

Doscientos millones de pesos importó á la nación norteamericana el gasto de su guerra contra nuestra Patria. Envío un total de noventa y nueve mil hombres, de los cuales quedaron muertos en nuestros mares,

playas, campos y ciudades, veinticinco mil invasores!...

¡ Muy cerca de diez mil de sus valientes, mordieron en los campos de batalla, en calles, plazas y calzadas, al son de los clarines y al estruendo de las baterías, el polvo mexicano!

.....

¡ Gloria á todos los bravos que murieron dignamente por ir hacia la Victoria, siguiendo las águilas de sus banderas!

FIN DE LA SEGUNDA SERIE.